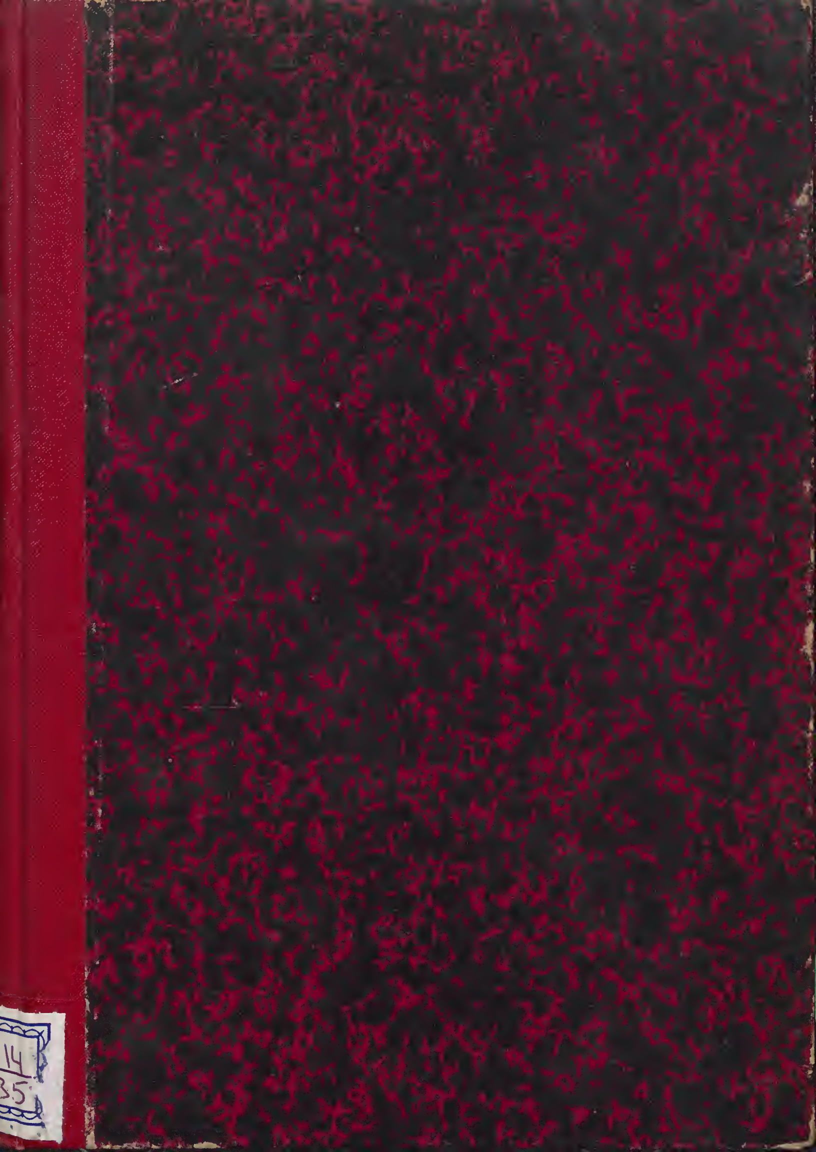
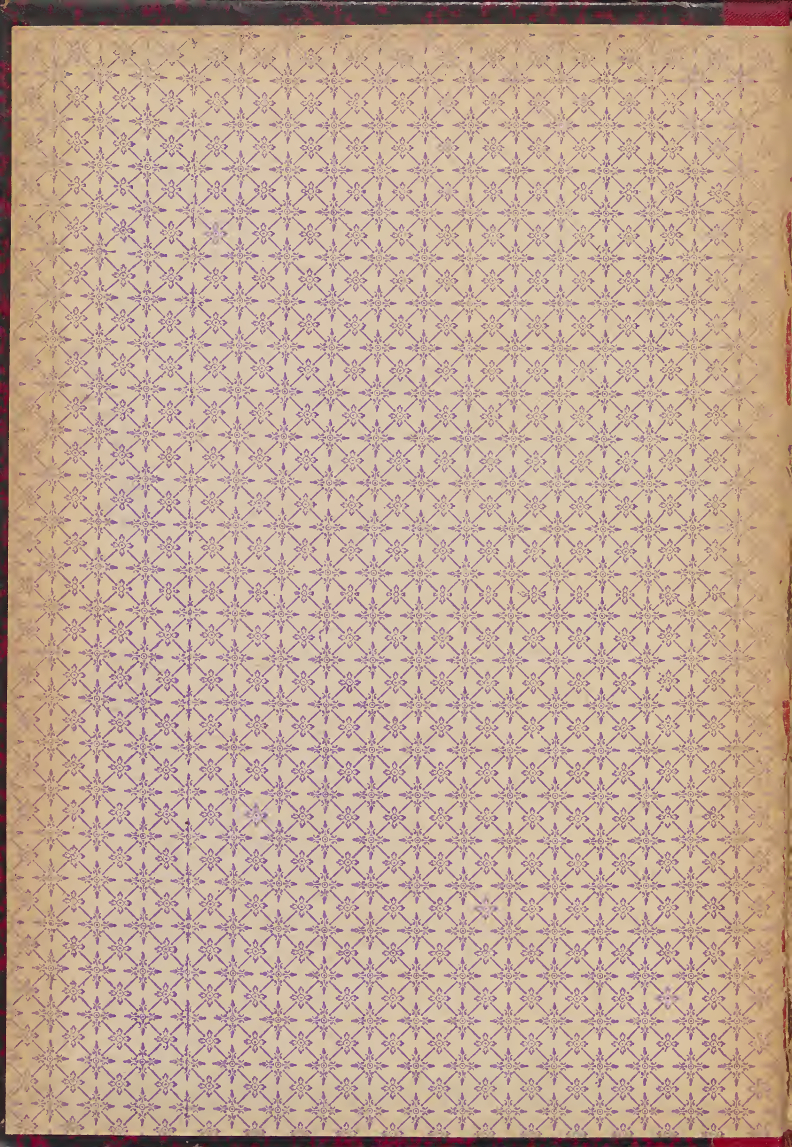

14
3.5








Recuerdos
del Monasterio
de Nra. Sra. de Regla
Carta
al Excmo Señor Duque
de T'Serclaes Tilly
por
José Gestoso y Pérez
Agosto 1893

RECUERDOS

DEL MONASTERIO DE NTRA. SRA. DE REGLA

Tirada de doscientos ejemplares.

EJEMPLAR NÚM. 27

RECUERDOS

DEL

MONASTERIO

DE

NUESTRA SEÑORA DE REGLA

POR

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ



SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1894





CARTA

AL EXCMO. SR. DUQUE DE T'SERCLAES DE TILLY

MUY ESTIMADO AMIGO Y SEÑOR:

A amorosa solicitud con que V. atiende á todos los escritos referentes á la historia de los pueblos, no sólo á los que cuentan prosapia ilustre, sino también á los de origen humildísimo, atesorando con singular diligencia los datos y noticias que podrán algún día ilustrar sus anales, ó dar á conocer las excelencias de su suelo, sus gloriosos timbres ó sus tradiciones religiosas y artísticas, muéveme á dirigir á V. estos renglones, engendrados al calor de dos vivísimos sentimientos, que no habrán de ocultarse á V., pues han sido siempre los únicos estímulos que han impulsado mi pluma.

Voy, pues, á tratar de describirle el estado actual de uno de los más famosos santuarios de esta bendita tierra andaluza,

cuya historia, si bien anda en manos de todos, no ha dado á conocer aún, que yo sepa, algunas curiosidades y pormenores artístico-arqueológicos que encierra el actual edificio, milagrosamente salvado en días de desolación.

Usted, que conoce mi afán por descubrir las memorias de la antigüedad, comprenderá cuán grato me ha sido hallar ante mi paso vestigios de otros tiempos, de generaciones que pasaron, para sorprender en ellos los testimonios que acreditan el espíritu que los animó. De otra parte, para el caminante fatigado de las asperezas de la vida, pocos parajes podrán ofrecerse de más grato descanso, como el que brinda el monasterio de Nuestra Señora de Regla. Para aquellos que sienten y sueñan, como dijo el poeta; para los que se complacen en los recuerdos de nuestras pasadas glorias y tradiciones; para los que se deleitan en la contemplación de la divina grandeza enmedio del retiro y de la soledad, no será fácil hallar lugares más apropiados que éste, donde poder dar rienda suelta á sus ideas y sentimientos. Al pie de los blancos muros del Monasterio, las olas, que se estrellan con salvaje ímpetu, coronadas de espumas, con sus penachos formados por las algas, que sacuden con fuerza como las guedejas de un león; á lo lejos, la inmensidad del Océano confundiéndose con la línea cenicienta ó violada del horizonte, interrumpida tan sólo por las blancas velas de frágiles navecillas destinadas á la pesca, mientras que suavemente aquellas mismas olas besan las arenas, como lecho sobre el que descansaran de un largo y fatigoso viaje, conducidas tal vez hasta estas playas desde las antípodas por el poder de Dios. ¡Cuán pequeño aparece el hombre al abismarse en la contemplación de tanta grandeza! y, sin embargo, ¡cuántos puntos de contacto al compararla con las luchas del espíritu, con lo infinito del pensamiento, con lo profundo del alma! No son ciertamente más salvajes las tempestades del mar que las que estallan á veces en el reducido espacio de nuestro cerebro; no más imponentes sus rugidos que los que se alzan del fondo de nuestro pecho; y más fácil es en ocasiones poner un dique á la hirviente montaña que amenaza destruir cuanto se le opone, que sujetar los fieros impulsos de

un corazón. Venid á estos lugares, diría yo, amigo mío, vosotros los que contáis las horas de angustia, los que sentís el tormento de los recuerdos de días y cosas que pasaron para no volver nunca, los que soñáis con imposibles que no se realizarán jamás, los que alentáis con la vida de lo pasado; venid aquí, repito, y al fijar vuestros ojos en la inmensidad, al sentirla tan cerca de vosotros, y al comparar su grandeza con la de vuestros pesares é ideas, experimentaréis el consuelo de la compañía enmedio de la soledad, oiréis á lo menos una voz amiga que os habla. Esas mismas olas que sorprenden la lágrima silenciosa que asoma á vuestros párpados nacida de un recuerdo, esa misma brisa que refresca vuestro cerebro, llevarán los ecos del alma al lugar en que tenéis fijo vuestro pensamiento, allí donde un día se alzó el santuario de vuestros amores y de vuestras dichas, hoy triste y silencioso desierto. Complacíame por las tardes en ver ponerse el sol hundiéndose lentamente detrás del mar: sentábame sobre una roca, al pie del Monasterio, para gozar del espectáculo, que siempre inunda el alma de indefinible melancolía. La calma de la naturaleza, interrumpida tan sólo por el acompasado murmullo de las olas, ó por las leves brisas que movían blandamente las retamas ó los tallos de los lirios silvestres nacidos en las arenas; á lo lejos espléndidos celajes de oro y grana, con otros cárdenos y cenicientos, á través de los cuales iba ocultando el sol su disco de fuego; algunas golondrinas y gaviotas que pasaban veloces ante mí; y de pronto aquel solemne silencio era interrumpido, bien por la esquila del Monasterio, ó por los ecos lejanos del órgano, acompañando vagos rumores de cánticos religiosos que se perdían en lo infinito. Imposible que ante tal cuadro pueda el alma permanecer indiferente sin sentir los sacudimientos que produce el despertar de nuestras ideas al contacto de las impresiones exteriores, en estos instantes en que misteriosamente se establecen relaciones entre el mundo del pensamiento y el de la creación entera, en que por todas partes escuchamos el lenguaje de la naturaleza, en el mar, en el campo, en los espléndidos celajes que bordan el firmamento, en el vago rumor de las auras... todo cuanto nos rodea

habla con tal fuerza á nuestro sér, que no en vano póstrase el ánimo y desfallece el pensamiento en su lucha de lo ideal con lo real.

Presentes en mí las impresiones sentidas en aquellos gratos lugares, en que cada piedra de las que el mar baña podría contar más de una de esas historias imposibles que yo me complazco en fantasear en mis ratos de ocio como medio de huir de las realidades de la vida, no es extraño, amigo mío, que me haya separado del objeto de estos renglones, que no es otro más que el describir á V. el Monasterio y darle ligerísima noticia de su historia. Recuerdo á maravilla, cual si aún lo contemplase, aquel extraño conjunto que resulta del grupo de edificaciones que han ido formando su iglesia y dependencias, que son lo primero que se ofrece al visitante. Los ornatos de su antigua portada, que debió ser del estilo ojival del siglo XIV, han sido borrados por los yeseros ornamentistas del XVII, que, poco temerosos de profanar la antigua obra, sustituyeron los doseletes, impostas, baquetones y trepados por frías pilastras, y molduras clásicas, por revesadas volutas y otros ornatos, fieles nuncios del estilo borrominesco, que había desgraciadamente de invadirlo todo en un período no lejano. De acuerdo aquéllos con los arquitectos, alteraron el exterior de la iglesia con aditamentos de cupulinos de rara traza, para dar luz á la nave del Evangelio, rasgando los muros en donde se les antojó, y construyendo sobre uno de los rincones de la primitiva fortaleza de los Ponces de León, que aún conserva su corona de almenas y el matacán que defendió su puerta, ligera



espadaña con vasos, molduras y sencillos adornos, que descuella por cima del torreón, cuyos muros sirven de apoyo á tapias y tejados, cada uno de distinta altura, interrumpiendo así la monotonía de líneas con la variedad de formas y dimensiones.

Aparte de este grupo tan heterogéneo de edificios, nada más halla el curioso al exterior que llame su atención: por la parte Este los altos muros de la casa-convento, con numerosas ventanas llenas de tiestos de albahaca, y por la opuesta las tapias que cercan el huerto.

Próxima á la iglesia, pero aislada por completo y en el sitio más eminente, dominando la playa, hay una capilla que llaman el *Humilladero*, levantada en memoria de la invención de la santa imagen de Nuestra Señora. Data esta obra del año de 1633, siendo Prior el P. M. Fr. Francisco del Pino, quien dispuso se colocase en su altar un lienzo con la efigie de la Virgen de Regla, exento de mérito alguno, el cual vino á sustituir otro en que se figuraba al octavo Duque de Medina-Sidonia, D. Manuel, asistiendo en la fiesta anual que se celebraba en el Santuario el día de la Natividad, cuyos gastos todos aquel magnate costeaba con suma esplendidez.

Próximo al *Humilladero* hay un lugar cercado de tapias, en que se conserva una frondosa higuera, bajo la cual, en un pozo, dice la tradición que permaneció seis siglos la veneranda Imagen, hasta que fué descubierta en 1330 por un Canónigo de León.

Penetrando en el templo obsérvanse á primera vista las alteraciones que ha sufrido su fábrica primitiva al estilo ojival del siglo XIV. No queda más de aquélla que la forma de los arcos apuntados, que estriban sobre pilares rectangulares con molduras clásicas. En el altar mayor, que es de madera imitando mármoles, hay un letrero que dice así:

Á expensas de SS. AA. RR.
los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier.
Año de 1852.

En el nicho central venérase la milagrosa efigie bajo la ad-



vocación de Regla, curiosísima escultura de 10 centímetros de alto, á juzgar por las dimensiones del rostro, en el cual, no obstante de conocerse los barnices ó imprimaciones, que no son los primitivos, pero que han tratado de imitar á aquéllos, podría juzgarse por sus rasgos fisonómicos que es de remotísima época y ejecutada al gusto egipcio. La tradición asegura que data de los tiempos de S. Agustín, quien encargó á un artífice de Tajarte la hiciese, para colocarla en su oratorio de Hipona. Aparte de la mayor ó menor verosimilitud de este relato, del escultor de Tajarte y del oratorio de Hipona, puede aceptarse que su antigüedad se remonta á los tiempos de S. Agustín, ó tal vez sea anterior; duda que no nos es dado resolver, pues á partir del cuello está revestido el divino simulacro de una funda de láminas de plata unidas entre sí por visagras, puestas alguna vez con el intento de descubrirla; lo cual en la actualidad es imposible, por hallarse las referidas láminas clavadas en la escultura por su parte posterior.

Únicamente conseguí verle la cabeza, que tuvo cubierta con un tocado á la manera egipcia, ó que á lo menos tal parece, resultado acaso de las transformaciones que ha sufrido. Dicho casquete, que figura bajar por los lados del rostro y prolongarse hasta los hombros, deja ver en algunas partes la pasta de que está revestido como preparación del estofado moderno que tiene.

El rostro es ovalado; las facciones menudas, pero el labio inferior relativamente grueso y caído; el color es el llamado por los pintores de tierra de Siena calcinada, bastante oscura; los

ojos apenas si están modelados, ofreciéndose de forma muy entrelarga y tan sólo pintados.

El Niño, que es moderno, lo lleva sobrepuesto, así como los brazos cosidos á unas almohadillas. La madera de que está hecha la efigie vese muy apolillada. Las láminas de plata no permiten apreciar si es una imagen sentada ó en pie. Finalmente; adviértese por la espalda que es completamente plana, sin señales de movimientos de paños, á donde tal vez se encontrase alguna inscripción geroglífica.

La sencillez de los que al encontrar esta escultura vieron en ella una representación de la Madre de Dios ¿no recuerda á V. la de los primitivos cristianos que adaptaron á sus creencias las formas de representaciones paganas como las de Apolo, Hércules y Orfeo, con otros motivos ornamentales tan frecuentes en las pinturas de las Catacumbas como en las lámparas, anillos y amuletos usados en los primeros siglos de la Iglesia? Y, sin embargo, ¡cuán distinta significación tuvieron entonces aquellos símbolos y mitos, que demuestran hoy la candorosa piedad de los que los emplearon! Si en nuestros días hubiera tenido lugar la invención de la imagen de Ntra. Sra. de Regla, ¿qué habrían pensado acerca de su representación los sencillos labriegos, y áun otros más cultos, al encontrarla? Pues exactamente lo mismo que los que la hallaron en 1330. Retrocedamos á aquella época é imaginemos la distancia inmensa que existe entre el criterio artístico y arqueológico de entonces (si tal puede decirse) y el que hoy alcanzamos, y sin esfuerzo alguno consideraremos como un hecho perfectamente natural y ajustado á la cultura del siglo XIV el haber considerado como imagen cristiana una obra de arte egipcio; circunstancia que ha pasado inadvertida, no sólo porque hasta el presente siglo se han desconocido científicamente los caracteres distintivos de aquél, sinó porque los curiosos no han parado mientes en examinarla; lo cual, por otra parte, no ha estado al alcance de cualquiera. No arguye, pues, contra la piedad y devoción cristianas el hecho que consigno como probable, y el cual rectificaría, ó en el que me ratificaría, si alguna vez tuviese ocasión de examinar la efigie completamente al des-



cubierto; ni creo que la más estrecha conciencia pueda alarmarse por lo que digo, pues llenos están de testimonios análogos grandes salas de los museos romanos y los muros de las Catacumbas, cuna de nuestra Santa Religión.

En cuanto á las demás efigies de los altares, nada he visto digno de mención. Entre los *Libros corales* existen algunos de los siglos XV y XVI con finos adornos rasgueados, pero no los hay de gran mérito. Mencionaré, más por curiosidad que por su importancia, uno *Común* de canto llano, en cuya última hoja se lee: *Fr. Joanes a Visitatione =Scripsit=Anno Domini=1681.*

En la sacristía consérvase una llave de hierro, de estilo musulmán, de 60 centímetros de largo, toscamente forjada, y sobre



la cual corre la tradición de haber sido entregada por Nuestra Señora á unos cautivos para que se libertasen de sus prisiones.

Si penetramos en los claustros del patio principal, veremos en ellos pruebas harto claras de las considerables obras que se efectuaron á mediados del siglo XVII. Tan sólo se salvó de la avalancha borrominesca la traza general de los arcos y bóvedas ojivales, en los que sobrepusieron fingidos arcos fajones con la amplitud bastante para que cupiesen pesados é indigestos ornatos de yesería, que así mismo adaptaron á las aristas y lunetos de las bóvedas. No contentos aún, en los espacios libres de los muros, y dividiéndolos en cuatro espacios, se ven unos moldurones, también de yeso, con óvolos y flechas, que parecen destinados á recibir lienzos con pinturas, acaso proyectados, y en que pensaron consignar la historia del Monasterio ó la de la Virgen titular con sus innumerables milagros. Por último, como complemento de estas innovaciones colocaron alto zócalo de azulejos trianeros polícromos, planos, de regular importancia, en algunos de los cuales consta la fecha de estas obras: el año de 1640. Los macizos ó pilares que sostienen las arcadas por las partes que miran al patio, están asimismo decorados con azulejos, y en los de los ángulos, ocupando casi la altura de los citados pilares, se ven grandes escudos de la Casa de Arcos dentro de cartelas, ejemplares ya de marcada decadencia por su dibujo y esmaltes.



Un pormenor de verdadero interés para el arqueólogo se observa por fortuna en el lienzo de muro que da á la portería, y



que consiste en un ajimecito cuyos arcos de ojiva túmida voltean sobre rudos capiteles con hojas talladas los adosados á los muros laterales, y el de su parte-luz ostenta en sus caras una corona flordelisada. Este detalle de indudable estilo mudéjar in-

dica claramente el gusto que hubo de dominar en toda la antigua construcción; y no me parece aventurado suponer que, si minuciosamente se pudieran explorar los muros de los claustros y los de otras dependencias, habrían de encontrarse en ellos vestigios análogos. Lo extraño es que del naufragio de los tiempos y de los ataques de la ignorancia se haya salvado este lindo ajimez, cuyas elegantes líneas contrastan sobremanera con las revesadas hojarascas de los yeseros de la décimasétima centuria. Al verlo resaltando entre aquéllas, fingíame en la imaginación el primitivo aspecto que ofrecería el claustro, con sus zócalos pintados con lacerías é imagenes; con sus bóvedas de igual suerte adornadas, ostentando bellos florones, que llevarían en sus centros escudetes, cabezas de ángeles ó piñas de alboaire; mientras que diseminados por los muros veríase más de un retablito de los llamados de batea, con sus pinturas sobre fondos de oro, alternando con fúnebres memorias, esculpidas en mármoles ó en granito, de las cuales compondríase también la mayor parte del pavimento; viéndose entre éstas alguna laude sepulcral con su figura yacente entallada en bajorelieve y rodeada con linda inscripción de caracteres monacales floridos, y sus palabras interrumpidas con escuditos y monogramas...

Pero caigo ahora en la cuenta de que me aparto de mi propósito, é incurro en el pecado de fantasear, empeñándome en ver las cosas, no como son, sino como yo quisiera que fueran. Perdone V., pues; y si aún le queda paciencia, hágame la merced de proseguir.

En las demás partes del edificio, así del Colegio como del Monasterio, nada he hallado digno de observar, más que la techumbre del corredor inmediato á la escalera, que prueba la insistencia con que dominó en la industria de la carpintería *de lo blanco* el gusto de aquellos artífices mudéjares que poblaron durante los siglos XIV, XV y XVI de verdaderas preciosidades los monumentos que entonces se construyeron en España. Dicha techumbre, que data de las obras á que antes me he referido del XVII, es una muestra de lo viva que aún continuaba aquella tradición.

Los religiosos me mostraron una celda en la planta principal, con hermosas vistas al mar, hoy convertida en pobre oratorio, en uno de cuyos muros se ostenta un cuadro con la siguiente inscripción:

✠

VIVA JESUS
En esta celda vivió algunos dias
SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA
Religioso de la Sagrada órden de San Agustin siendo visitador de esta Provincia y Maestro Provincial de la de Castilla á mediados del siglo 16.

Hay en el altar un pequeño tríptico de madera dorada y tallada al gusto barroco, con seis medallones, que contienen otras tantas pinturas. Las del centro, sobre cobre, representan la Virgen coronada por la Santísima Trinidad, en el hueco superior, y bajo ella á Nuestra Señora con el Niño Jesús en brazos; ambas pinturas muy bellas, especialmente la segunda, de la Escuela de Murillo. Las cuatro restantes, algo maltratadas por los barnices, representan á S. José, S. Antonio de Padua, S. Francisco Javier y Sta. Rosa.

Estos son los restos más curiosos que contiene hoy el santuario de Regla: si aún quedan á V. alientos para continuar la lectura, escuche su historia, que le prometo será breve.

Aprovechando la fábrica de una fortaleza de la poderosa familia de los Ponces de León, uno de cuyos miembros, D. Pedro, segundo Señor de Marchena, poseía las villas de Rota y Chipiona en la primera mitad del siglo XIV, establecióse en este paraje una comunidad de canónigos procedentes de la ciudad de León por los años de 1330, pasando á la Orden de San Agustín en 22 de Abril de 1399, según consigna un erudito autor contemporáneo, y por donación que á aquellos religiosos hizo otro D. Pedro Ponce, á quien dicen las historias el cuarto Señor



de Marchena. Paulatinamente fué acrecentándose el edificio, y á fines del siglo XV D. Juan de Guzmán, tercer Duque de Medina-Sidonia, costeó en 1493 las obras del gran refectorio. Procuraron sus sucesores emularle en esplendidez, sobresaliendo el octavo Duque, D. Manuel, quien costeaba suntuosos cultos, é hizo importantes donaciones. Llegados los días de la exclaustración general, tuvieron los agustinos que abandonar su casa. El Gobierno se apoderó de los bienes muebles é inmuebles del convento: el abandono hizo de aquel retiro su morada, y el pueblo de Chipiona, siempre devoto de Ntra. Sra. de Regla, trasladó la milagrosa imagen á la iglesia mayor de la Villa, con solemne procesión, en cuyo lugar permaneció hasta 1852.

Un año antes, con motivo de la visita que hicieron á la referida Villa los Duques de Montpensier, como tuviesen conocimiento del abandono en que estaba el santuario, decidieron lle-

var á cabo su restauración y que la santa imagen se devolviese á su antiguo templo. Á la realización de este piadoso fin contribuyeron las poblaciones de Sanlúcar, Jerez, Cádiz, Puerto de Santa María, Chipiona y Rota; S. M. la Reina D.ª Isabel, el Cardenal Rvmo. Arzobispo de Sevilla y SS. AA. RR., que costearon el altar y regalaron las dos lámparas en forma de buques de vapor que actualmente se ven pendientes en el presbiterio. Por último; el día 7 de Setiembre de 1852 llevóse á cabo la traslación de la Virgen con gran solemnidad, quedando la iglesia y convento á cargo de un capellán; permaneciendo así hasta el año de 1882, en que el Gobierno autorizó al M. R. Prefecto de las Misiones de Marruecos Fr. José Lerchundi para establecer nuevo Colegio de Misiones para Marruecos y Tierra Santa.

Entonces efectuáronse las obras indispensables y de gran consideración que exigía el edificio, próximo ya á la ruina, y al fin el 8 de Setiembre de 1882 se estrenó con lucidísimas fiestas.

. . . .

He cumplido mi ofrecimiento; pero antes de concluir estos renglones, y aun á trueque de abusar de su bondad, caigo en la tentación de trascribir á V. unos malos romances, inspirados en un tristísimo cuadro, de que fuí testigo, cuyos pormenores todos aún viven en mi mente con la fuerza de la realidad misma. Usted juzgará si se presta á ser descrito, nó por pluma ruín como la mía, sinó por la dulce y castiza de nuestro Montoto. Mas pienso ahora que no es justo que yo ponga á V. en el aprieto de leerlos; así, pues, queden mis versos en capítulo aparte, y V. en libertad de hacer lo que más le plazca.

Pide á V. por todo mil perdones, y queda suyo devotísimo,

Q. L. B. L. M.,

J. GESTOSO Y PÉREZ.





EL ENTIERRO DEL NOVICIO

I

Junto á la orilla del mar,
Fundado sobre una roca,
Está el pobre Monasterio,
En que se estrellan las olas.
Sus paredes son más blancas
Que las nieves que coronan
Las cumbres de las montañas
Que en el alto cielo tocan;
Y son sus techos de tejas
Ennegrecidas y rojas,
Donde las matas silvestres,
Jaramagos y amapolas
Dulcemente se columpian
Por la brisa bienhechora.
Encima de los tejados,
Las almenas que coronan
Un torreón, fiel vestigio
Que la grandeza pregona

De tiempos que ya pasaron:
Y junto á él, orgullosa
Vese la escueta espadaña,
Por la que tan sólo asoma
El esquilón solitario
Que á la plegaria convoca.
Lejos de todo el bullicio
De las terrenales pompas,
Únicamente se escuchan
De la oración fervorosa
Los misteriosos acentos,
Que acompaña con voz ronca
El sordo rumor del mar
Estrellándose en las rocas.

II

Era al caer de la tarde;
Entre celajes de grana
El sol, casi moribundo,
Detrás del mar se ocultaba,
Y á lo lejos en el cielo
Míranse cruzar, gallardas
Volando, las gavïotas;
Más allá las velas blancas
De frágiles navecillas;
Interrumpiendo la calma
El sordo rumor del mar
Que en las peñas se quebranta,
Ó la veloz golondrina
Que sobre las olas pasa:
Silencio augusto, solemne,
Que ni turban ni profanan
Los ecos de las pasiones

Ni las luchas enconadas;
Que hacen al hombre juguete
Sus ambiciones bastardas.
Abajo, la inmensidad,
Las olas de la mar brava,
Que del Señor las grandezas
En himno gigante cantan;
Y por cima el firmamento
Con sus estrellas de plata,
Fulgores de tantos mundos
Que nunca la vista abarca.
En medio tales encantos
Solo, humilde, se levanta
Aquel pobre Monasterio,
Con sus paredes tan blancas,
Con su torreón vetusto,
Con su ligera espadaña,
En cuyos huecos no más
Ha quedado una campana,
Que tañe, tañe tan triste,
Que conmueve nuestra alma;
Y sus ecos funerales,
Que el viento lleva en sus alas,
Se pierden en lo infinito
Cual ayes de una plegaria.
Bajo los góticos arcos
De la iglesia veneranda
Suenan cánticos solemnes,
Que en sus naves se dilatan;
Percíbese olor de cirios,
Cuyas temblorosas llamas
Apenas si el santuario
De la Virgen sacrosanta
Alumbran con sus fulgores,
Y las sombras agigantan
De las efigies y altares

En los muros proyectadas.
Á lo largo de la nave,
Como espectros ó fantasmas,
Vense rígidos, inmóviles,
Y con las capuchas bajas
Y formados en dos filas,
Los religiosos, que cantan.
Al extremo de la iglesia
La cruz con su negra manga;
Y á los lados, revestidos
Con su capa y sus dalmáticas,
Al preste con los ministros.
Ante ellos, en negras andas,
Yace el cuerpo de un novicio,
Que más bien que forma humana
Semeja estatua yacente
De un sarcófago arrancada.
Dentro de oscura capilla
Su blanco rostro resalta,
Y á los lados de su cuerpo
Entrambas manos descansan.
Tenía los pies desnudos,
Que alabastro asemejaban;
Los párpados entreabiertos;
Las pupilas apagadas,
Mirando inmóviles, fijas,
Á la eternidad que espanta,
Así como suelen verse
Las de las mudas estatuas
Que en las puertas de los templos,
Por umbelas cobijadas
Y envueltas en la penumbra
De su archivolta, se alzan.
Siguió la grave salmodia,
Que el órgano acompañaba;
Del *Dies iræ* solemnes

Resonaron las palabras;
Nubes de incienso ascendían
Del templo en las naves altas,
Y las sombras del ocaso
Las tinieblas aumentaban
De aquel fantástico cuadro
Del fin de la vida humana.

III

De nuevo sonó la esquila
Con sus ecos funerales;
De los pasos de los monjes
El rumor sólo escuchábase;
Que, dejando sus asientos,
Cruzaron por la ancha nave
En lúgubre comitiva,
Llevando en pos el cadáver.
Así salieron al campo,
Entonando con voz grave
Austera y triste salmodia,
Y á poco trecho distante
De las puertas de la iglesia,
En medio unos arenales
Y próximo á una capilla
Que cercan mezquinos árboles,
En lo alto de una peña
Que el mar domina, parábase
La fúnebre comitiva,
Y aproximando el cadáver,
Que en sus andas transportaban
Muy silenciosos los frailes,
Ya en el borde de la fosa,
Triste responso cantáronle.

Después bajaron el cuerpo,
Y, con un sudario grande
Una vez cubierto el rostro,
Y con cadencia espantable,
Sordas paladas de tierra
Cayeron sobre el cadáver,
Mientras que allá en el ocaso
Los resplandores brillantes
Del sol desaparecían
Entre purpúreos celajes.
Allí quedó para siempre,
Sin que sus labios amantes
Ni sus entreabiertos párpados
Recibiesen de su madre
Último beso de amor
Y de consuelo... ¿Quién sabe
Si allá, cuando muere el día
En los brazos de la tarde,
Las auras arrulladoras
Dulces caricias le traen
Del lugar en que nació,
Del corazón de su madre?

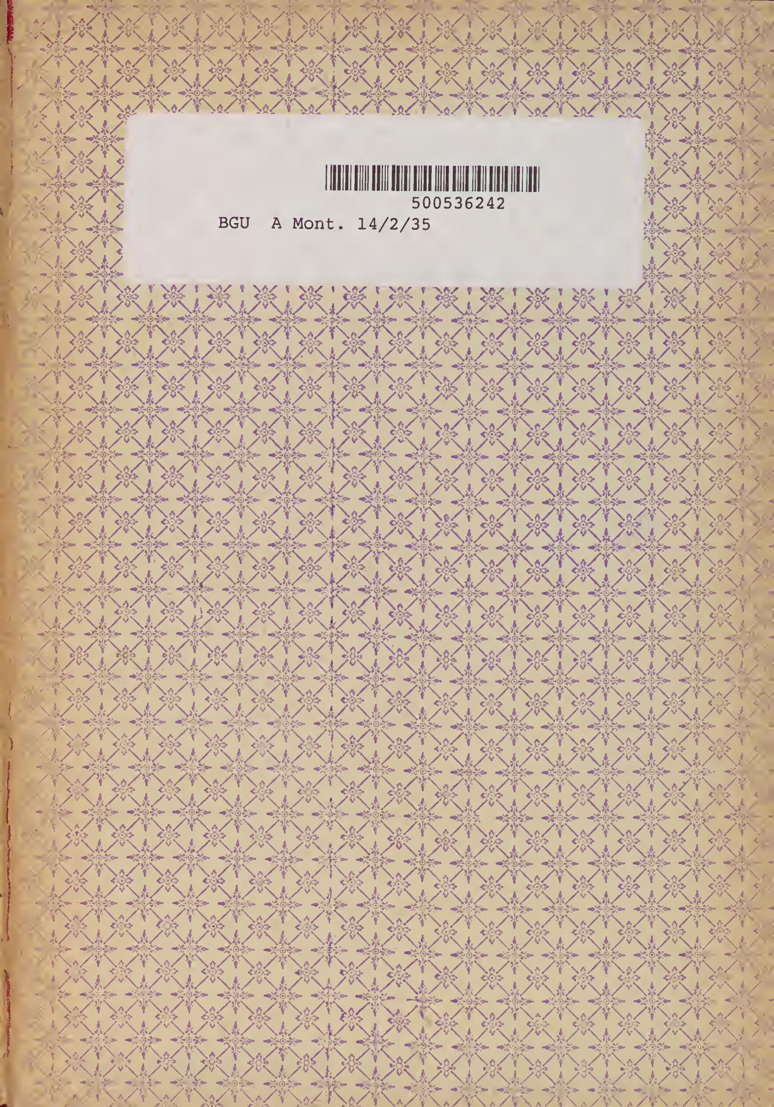


✠

ESTE FOLLETO FUÉ IMPRESO
*en la ciudad de Sevilla, en la oficina de E. Rasco,
á expensas del Excmo. Sr. D. Juan Pérez
de Guzmán y Boza, Duque de T'Ser-
claes de Tilly. Acabóse á* XXX *días
del mes de Octubre, año del
Nacimiento de Nuestro
Señor Jesucristo de*
MDCCCXCIV








MON
2